



Jesús nunca fue cristiano

José M. Prieto

Versión revisada para la segunda edición en Buenos Aires

Primera edición: Madrid, Ediciones Vitruvio 2010

Dedicatoria:

A Casiodoro de Reyna (1520-1594)
y Cipriano de Varela (1532-1602),
desconocidos casi en España:
tradujeron la Biblia al español
y se salvaron de la quema por pies.

Índice

Siempre quise ser madre	12
No soy el padre putativo	16
Unos liantes, Juan y Jesús	19
En España, nunca	22
Eramos primos, lejanos	26
No sabía escribir.....	31
La Magdalena.....	35
Me llaman Pedro pero soy Simón.....	40
Pilatos, con mando en plaza	45
Herodes Antipas	48
Caifás, sumo sacerdote más o menos.....	51
Pablo, apóstol de Jesucristo	55
Santiago el segundón	64
Judas Iscariote.....	69
Mateo, el cobrador de impuestos	73
Marcos el traductor	76
Lucas el gentilhomme.....	80
Bernabé, el padrino.....	84
Tomás, el mellizo	88
Esteban, a los pies de Pablo.....	90
Jesús, de Nazaret.....	92
Epílogo	100

Jesús antes de Cristo

Jesús murió veinte años antes de que empezaran a hablar de Cristo y hubiera alguien que dijera ser cristiano. En concreto, el viernes 7 de Abril del año 30 de la era contemporánea falleció crucificado en el Gólgota, según estimaciones concurrentes (Vermes, 2008). Después de examinar los distintos calendarios romanos, egipcios, babilónicos, solares y lunares, que estaban en vigor entre los judíos y sus gobernantes, el 3 de Abril del 33 es la fecha propuesta por Humphreys (2011) No es tarea fácil reconstruir, por lo que cuentan los evangelios, la última semana (día a día, hora a hora) de este buen hombre en Jerusalén.

Del que se sabe poco (y muy contradictorio lo que dice en sus cartas, y lo que dicen de él, los que al parecer le conocieron) es Pablo. Era turco según los estándares del siglo XXI. Del año 48 al 53 empezó a predicar y a dictar las primeras epístolas en las que mencionaba a Cristo en Antioquia (Turquía), en Chipre, en Tesalónica, en Atenas. Murió poco antes del año 68, al parecer degollado, en Roma.

Los evangelios empezaron a escribirse a partir del año 70, aunque desde el año 50 se estima circulaba una llamada fuente Q que ha sido reconstruida, entre otros, por Piñero (2009): son frases breves que provienen de notas tomadas de predicadores que hablaban de Jesús (nunca de Cristo). Son testimonios circunstanciales, itinerantes.

Jesús nunca oyó hablar de Pablo. Su nombre era Saulo y su apodo “Paulus”, en latín, significa “poca cosa”. Tampoco conoció éste a Jesús en vida. Hablaba por inspiración divina: es decir, como le vino en gana, había tenido visiones y se había familiarizado con él, insistía, en momentos de éxtasis. Utilizó la palabra *Jristós* (que viene a significar ungido, embalsamado) al traducir la palabra Mesías. Casi nadie aguardaba en el imperio romano un Mesías: éste era un personaje mítico judío, de consumo interno en las sinagogas y en las tertulias de aquellos creyentes que decían tener conocimientos avanzados, por ejemplo en Alejandría, los gnósticos (Freke y Gandy, 2000).

En labios de Pablo el uso de la palabra griega Cristo fue un truco lingüístico al que sacó mucho brillo en Galacia (Turquía) en Atenas y en Roma. Los oyentes pensaban en reyes, en emperadores, en faraones: todos ellos divinos, hijos de Dios, consanguíneos a menudo.

Sólo los judíos hablaban de profetas y de un Mesías futuro; poco o nada querían saber de seres divinos monárquicos. Pablo transformó, retóricamente, el mito mesiánico en el mito cristiano (Maccoby, 1986).

Jesús nunca oyó hablar de Cristo, tampoco de los cristianos. Nada supo de ellos ni pensó en ellos. Él era judío, hablaba en arameo (variante palestina) y leía, al menos, textos en hebreo. Jamás se expresó en griego, la lengua de los evangelios, las actas, las epístolas. Con las traducciones comenzaron los problemas de interpretación, las herejías (Piñero, 2007).

Jesús era judío como la mayoría de las personas que convivieron con él en Palestina (Vermes, 1977). Su verdadero nombre era Yeshua o Yoshua, y Jesús no es ni más ni menos que una traducción al griego. Conviene recordar que en aquella época las vocales no se escribían: se pronunciaban sin deletrearlas. Así con casi todos los nombres que aparecen mencionados en este libro. Son traducciones, y por tanto equívocas, cambiantes como las lenguas, entonces y ahora.

Wilson (2008), que es profesor de Estudios Religiosos en la Universidad de York, en Toronto, acota el asunto en una perspectiva estrictamente histórica. Al morir Jesús sus discípulos y apóstoles se congregaron en torno a su hermano Santiago (llamado también Jacobo) y de ahí prosiguió un movimiento familiar que afianzó las enseñanzas judías de Jesús que predicaba la llegada inminente del Reino de Dios que desbarataría al imperio romano. Ocurrió lo contrario, Jerusalén fue destruida y los judíos fueron al exilio y tuvo que reorganizarse el judaísmo en torno a los fariseos que pasaron a ser los rabinos. También se dispersaron los seguidores de Jesús, conocidos después como Ebionitas, por ejemplo. Pasaron de ser un grupo pequeño en Jerusalén a un grupo minúsculo en torno a Petra y sus alrededores, es decir, lo que en la actualidad se llama Arabia.

Hubo un segundo grupo, que dirigió Pablo, que poco o nada tenía que ver con el Judaísmo en el que creció Jesús, que se expresaba en arameo. Por parte de madre era judío Pablo, Saulo, pero por su padre estaba más vinculado a los grupos cultos que se expresaban en griego y no utilizaban la Biblia en hebreo, sin la traducción al griego hecha en Alejandría un siglo antes de la era común. Todos los textos que se conocen como Nuevo Testamento fueron escritos en griego y utilizaron la versión griega del Antiguo Testamento.

Pregunta capciosa, los angloparlantes que imparten doctrina a veces como expertos en el mundo hispano culto ¿son fidedignos y fehacientes de lo que ocurre en las bocacalles? Este

segundo grupo no estaba en Israel, habitaba en lo que hoy se llama Grecia, Turquía y Roma, es decir, la capital del imperio. Mantuvieron distancias muy cortas con la autoridad. Se impuso, pues, el segundo grupo. El Reino de Dios pasó a ser Helénico y Romano y se llama, desde entonces, Iglesia.

Tres siglos después el emperador Constantino (272-337) que era también el Pontífice Máximo (pero no era cristiano aún), convocó el primer Concilio de Nicea el año 325 y el credo que se reza y canta en misa quedó redactado a su gusto y conveniencia.

El evangelio de Lucas y las actas de los apóstoles se habían redactado en griego a finales del siglo I y son muchas las novedades y discrepancias que reseñan no solo respecto a Jesús sino también respecto a Pablo y lo que este dice de sí mismo en sus cartas. Es decir, quien quiera que fuera el autor tenía noticias lejanas de ambos y emergió así una simbiosis (anécdotas legendarias + mito) que empezó a predicarse como Buena Nueva y se acuñó la expresión Jesucristo, Este es un mote, esto todo lo que se puede decir desde entonces. ¿Qué es más verídico el nombre o el seudónimo?

Fuera del mundo de habla hispana llama la atención que Jesús pueda ser el nombre de una persona bautizada, la mayoría hombres, algunas mujeres también, Jesusa, María Jesús. Es un asunto tabú en otras culturas cristianas. Esta es una de las consecuencias de un hecho poco conocido: los judíos llegaron a España mucho antes que el Cristianismo se implantara y, hasta su expulsión en 1492, eran gentes del lugar, autóctonas, con quince siglos de solera al menos, según los hallazgos arqueológicos contrastados. Les echaron quienes vinieron después, a menudo con tropas invasoras: les hicieron la vida imposible en nombre de Jesús, compatriota, en nombre de Jesucristo, un apodo descifrable.

Este poemario empezó a escribirse en Jerusalén, en Julio de 1986, a raíz de un congreso internacional de psicología aplicada celebrado allí. El autor visitó el país, se documentó, le dedicó un verano y tomó notas que hibernaron. Posteriormente varios viajes a Atenas, Tesalónica, Monte Athos, Estambul, Ankara y alrededores, siguiendo la pista de Pablo (Cimok, 1999), antes o después de un congreso, le permitieron adentrarse en las tradiciones de la iglesia ortodoxa y entender que la clave estaba en la cultura helénica; el pensamiento cristiano floreció en lengua griega y en ciudades muy concretas de Chipre, Egipto, Grecia, Israel, Líbano, Siria y Turquía. Distorsionó el pensamiento y la religión hebrea, aquella en la que creció y murió Jesús. Al Maestro lo enterraron.

También prestó atención el autor a unas comunidades singulares de creyentes gnósticos que existen en Irak, Irán, Suecia, Australia, Estados Unidos e Inglaterra: siguen las enseñanzas de Juan el Bautista. Son los Mandeos, rezan el padrenuestro y una ceremonia central en sus prácticas es el bautismo. Su Dios es Yahvé. Son algo más de cincuenta mil en todo el mundo y algunos también habitan en España de incógnito, por seguridad.

Con los evangelios a cuestas, muchas han sido las lecturas a la caza de matices, de detalles ausentes, en idiomas vivos o muertos. Es cuestión de ver la trama cuando se aprecia la tela de un vestido: ello requiere mirar al trasluz.

Al Estado de Israel, a Palestina, se puede ir con gafas de ver o de no ver. Decidió el autor entender a Jesús en su salsa, en su entorno, sin ningún aderezo pontificio. Fueron muchas las conversaciones con profesores, con curiosos investigadores, con autores de libros que recorrían los lugares sagrados, que hacían indagaciones arqueológicas, análisis de textos en arameo, en hebreo. El resultado es este poemario, en el que Jesús y veinte personajes de su grupo son abordados desde una óptica muy particular, el oficio que ejercieron, el papel que desempeñaron en aquellas circunstancias.

Para entender a Jesús en aquel país judío y palestino es conveniente dejar en la mesilla las gafas de ver y hablar en cristiano. No son fidedignas: predicán cuando charlan y escriben.

Conviene recordar que la Biblia auténtica es la hebrea, la Biblia cristiana es un invento posterior, a gusto del consumidor autorizado (Trebolle Barrera, 1993). La Biblia hebrea era una colección de rollos escritos en varias lenguas, según épocas, y se tradujo al griego, en Alejandría, poco antes de nacer Jesús. Esa es la versión que nutrió desde el principio los escritos cristianos. Por eso, en el seno de la Iglesia Ortodoxa griega se afirma que el Cristianismo es una religión helénica, post-platónica, poco o nada que ver con el Judaísmo (Ware, 1993). Sólo quien habla el griego clásico puede entender la teología cristiana desde sus orígenes; era la lengua oficial de los concilios. La traducción al latín distorsionó mucho: se llama catolicismo. El único cristiano imperio romano fue el bizantino (Constantelos, 1998). Todo aquello que se conoce como Sacro Imperio Romano es una falacia papal medieval.

La traducción que hizo de la Biblia al alemán Martín Lutero (1483- 1546) ha sido la gran matriz retórica y prosódica que ha nutrido la lengua y cultura alemana a partir del siglo XVI. Otro tanto cabe decir de la traducción de la Biblia al inglés por encargo del rey Jacobo I

de Inglaterra (1566-1625). Ejerció una notable influencia en la cultura inglesa por ser un “depósito de imágenes, símiles y vocabulario de una parte fundamental de la poesía inglesa” desde John Milton (1608-1674) a John Keats (1795-1821) como señala Doce (2007, p.250). También ha influido en la poesía occidental del siglo XX a través de la obra literaria de Walt Whitman (1819-1892): sus versos imitaban el ritmo de los Salmos en la citada versión bíblica y, en su poesía, rompió, por ejemplo, con la rima.

En 1569 se publicó en Basilea la traducción de la Biblia que hizo al español, a partir del hebreo y del griego, Casiodoro de Reyna (1520-1594); fue revisada posteriormente por Cipriano de Varela (1532-1602). Se publicó en Suiza porque no fue posible hacerlo en España. Ambos, monjes jerónimos de Badajoz, fueron condenados por la Inquisición española. En Abril de 1562, en Sevilla, en un Auto de Fe, el retrato de Reyna ardió. Salió ileso: vivía en Amberes, Valera se salvó de la quema porque vivía en Cambridge, donde era profesor, también en Oxford. El suyo fue un delito muy católico, traducir sin permiso.

Pasaron siglos hasta que pudiera celebrarse en español la liturgia católica. El asunto no es baladí. Quienquiera que lea u oiga los textos sagrados en su propia lengua es su intérprete, no necesita la mediación de la autoridad eclesiástica. Durante siglos, católico ha sido leer la Biblia en latín, en la única traducción autorizada, la Vulgata de San Jerónimo (340-420), es decir, en una versión incomprensible para la gran mayoría de los creyentes. La tradición luterana y anglicana ha sido que el feligrés comprenda lo que se recita, lo que se canta. El dogmatismo docente en España tiene su raíz ahí: el cura, el maestro, el profesor son las únicas personas fidedignas autorizadas a la hora de impartir doctrina. De ahí la docta ignorancia católica como virtud.

El autor les rinde homenaje en este poemario. Unos desconocidos casi en España, fueron mentes brillantes, sabían lo que hacían al traducir. Casi todas las Biblias que se publican en España son católicas, la suya no: suele encontrarse en librerías de viejo o en entornos protestantes, sobre todo luteranos. Se conoce también como “la Biblia del Oso” por la ilustración de la portada: chupa miel. Fueron pioneros geniales. ¡Salve!

Para quien quiera leer el Nuevo Testamento sin el tejido adiposo de la teología, la traducción al inglés de Schonfield (1990) es una referencia a tener en cuenta. Reseña la versión más antigua, y deja fuera los añadidos posteriores de inspiración eclesiástica. La versión española fue supervisada por Enrique Miret Magdalena. Piñero (2009) es el

coordinador de una traducción directa, fidedigna, al español de todos los evangelios, canónicos y apócrifos, disponibles: setenta y seis, la gran mayoría fragmentos. Al comienzo de cada manuscrito hay una ficha técnica, sigue la traducción sin anotaciones técnicas exegéticas.

A la hora de ahondar en estos temas, sin tiaras ni mitras sacrosantas, dos autores son relevantes por su rigor académico. Geza Vermes, profesor de la Universidad de Oxford, se ha especializado en estudiar aquella época desde la óptica judía y ha identificado, con precisión histórica, quién era quién (Vermes, 2005). En España Antonio Piñero, catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense, se ha dedicado a estudiar el cristianismo primitivo desde la cultura helénica (Piñero, 2006) y en el entorno del Instituto Universitario de Ciencias de la Religiones, donde el autor de este poemario es miembro del comité de dirección. Parte de su docencia la ejerce ahí, siempre desde la óptica de la Psicología de las Religiones.

Para una lectura femenina (que no feminista) de los evangelios Ranke-Heinemann (1998) es la fuente académica. Por ejemplo, es poco razonable la cena judía de Pascua sin esposas en un Cenáculo, en una Santa Cena en la que la mayoría de los presentes están casados. Una parte de la ceremonia la protagonizan las mujeres si se sigue el rito secular.

La excomunión en 1987 fue el regalo de su compañero de estudios, Joseph Ratzinger, cardenal ya entonces y dos décadas después el Papa Benedicto XVI. No complacían sus hallazgos a la ortodoxia varonil. Ella era catedrática de teología católica en la Universidad de Essen. La destituyeron y, por un acuerdo entre partes, pasó a ser catedrática de historia de las religiones hasta su jubilación. El núcleo del conflicto fue una carta privada que cursó al Papa Juan Pablo II sugiriendo (políticamente correcta) se estudiara la manera de presentar el dogma de la virginidad de María a los estudiantes que tienen el oportuno bagaje de conocimientos científicos en bachillerato. Es decir, contextualizar el origen histórico del concepto *virgen*, del énfasis en la virginidad en tiempos remotos y diferenciarlo de los conocimientos contemporáneos, qué sorpresa, el papel reproductor de los cromosomas XX y XY.

“*No y amén*” es el título de su primer libro, bastante explícito, pues, qué hacer ante el ordeno y mando como pauta. El segundo, “*Eunucos por el reino de los cielos*” deja claro quiénes son los que tienen la última palabra. Ambos están traducidos al español.

Para entender este libro tres acotaciones finales.

Pocos conocen porqué se llama Pepe, en español, a todo aquel que dice ser José. La razón es sencilla. Durante siglos, en los medios eclesiásticos, se escribía “San José, p.p.” para que dejar patente que él era, no más, el padre putativo (pp). En este poemario José recalca ser el auténtico padre de Jesús, porque el celestial lo es de ambos. En la Iglesia Ortodoxa Griega José es un nombre tabú: nadie se llama así. Sólo tiene dedicada una capilla en Creta. Ha sido, pues, ninguneado, mientras que María es exaltada hasta la idolatría. ¡Es la Madre de Dios, José no!

En el capítulo séptimo de Isaías, apartado 4, “*almah*” es la palabra en hebreo que fue traducida como virgen al latín. En realidad, significa muchacha, doncella, y por tanto lo que anuncia el profeta es que *una mujer joven dará a luz un hijo y por su nombre se llamará Emanuel*. Es una señal de andar por casa, antes o después ocurre en familia, les pasa a las hijas.

La versificación usada no es neutra. Hace muchos siglos que murieron los personajes que cuentan su historia en estas páginas. Hablan con frases entrecortadas, espirituales, en un susurro, cual espectros. Están vivos en las mentes y en las iglesias, donde habitan retratados.

Apaguen las luces y enciendan una vela: pueden escucharles, en verso libre claman, hacen confidencias en primera persona. El autor ha contrastado que aquello que afirma tiene un soporte fidedigno en el estado del conocimiento pertinente en el siglo XXI. Es decir, ha fantaseado poco.

Bibliografía de referencia

- Cimok, F. (1999). *Saint Paul in Anatolia and Cyprus*, North Clarendon, VT: Tuttle.
- Constantelos, D.J. (1998). *Understanding the Greek Orthodox Church*. Brookline, MA: Hellenic College.
- Doce, J. (2007). Poesía en traducción, en J. Doce (Ed.), *Poesía en traducción* (pp. 241-266). Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Freke, T. y Gandy, P. (2000). *Los misterios de Jesús: el origen oculto de la religión cristiana*. Barcelona: Grijalbo
- Humphreys, C. J. (2011) *The mystery of the Last Supper: reconstructing the final days of Jesus*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Maccoby, H. (1986). *The mythmaker: Paul and the invention of Christianity*. N.Y.: Barnes & Noble.
- Piñero, A. (2006). *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Madrid: Trotta.
- Piñero, A. (2007). *Los cristianismos derrotados: ¿cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?*. Madrid: EDAF.

Piñero, A. (2009). *Todos los evangelios: traducción íntegra de las lenguas originales de todos los textos evangélicos conocidos*. Madrid: EDAF.

Ranke-Heinemann, U. (1998). *No y amén: invitación a la duda*. Madrid: Trotta.

Schonfield, H.J. (1990). *El nuevo testamento original: una interpretación radical*. Madrid: Martínez Roca.

Trebolle Barrera, J. (1993). *La Biblia judía y la Biblia cristiana: introducción a la historia de la Biblia*. Madrid: Trotta.

Vermes, G. (1977). *Jesús el judío*. Barcelona: Muchnik.

Vermes, G. (2005). *Who is who in the age of Jesus*. Londres: Penguin.

Vermes, G. (2008). *La Resurrección*, Barcelona: Crítica.

Ware, T. (1993). *The Orthodox Church*. Londres: Penguin.

Wilson B. (2008). *How Jesus became Christian*. N.Y. St. Martin Press.

Siempre quise ser madre

Y dará a luz una jovencita,
es lo que dijo Isaías, el profeta
nunca habló de una virgen.

Es una obsesión romana,
fascinados con las Vírgenes Vestales
que cuidan el fuego sagrado,
el místico corazón del imperio
allá en Roma, no en Jerusalén.

De jovencita fui virgen,
es lo que tocaba
hasta que conocí a José,
mi novio, mi marido,
a quien quise de veras,
algo mayor que yo pero no tanto como dicen:
con él tuve cinco hijos y dos hijas.

Joaquín fue mi padre y Ana mi madre,
una buena mujer de su tiempo
que me crió y educó,
y a su imagen y semejanza
soñaba yo con ser madre
y engendrar bebés.

Fui una buena mujer de mi tiempo
devota de Yahvé y de la Biblia
 que siempre fue judía,
nada de Antiguo ni de Nuevo Testamento.

Nunca soñé con ser la Virgen María
por los siglos de los siglos amén.

A nuestro primer hijo le llamamos Jesús,
siguieron Santiago, Josés, Judas, Simón,
Salomé y Miriam,
hermanos y hermanas del mismo padre
y de la misma madre.

De niño Jesús fue un encanto,
 cariñoso, juguetón;

de adolescente, consentido

frágil lanzado ingenuo,
con ideas propias,
esquivo seductor,
con amigos y una chica que le hacía revivir.

De adulto mejorable impertinente.

Me costó llevarle conmigo a una boda en Caná,
y cuando le comenté que se estaban quedando sin vino
¿y a mí qué me cuentas? me respondió borde,
como casi todos los chicos tratan a sus madres,
van de ariscos,
es su condición.

Cuando le dijeron que estábamos fuera
le oí decir, con el fino oído que tengo:
¿quiénes son mi madre y mis hermanos?

Cría un hijo para que luego diga
que cualquiera de los presentes por oírle,
es su madre y su padre y su hermano.

Me acostumbré a sus impertinencias,
una tras otra
cuando le decía que fuera cauto,
que midiera sus palabras sus actuaciones,
que no podía ir por la vida diciendo
que odiar al padre, a la madre, a la familia
era el primer paso a dar para seguirle.

Eso no es propio de un judío de bien
y mucho menos en labios de un hijo,
querido criado,
con la cabeza muy alta hasta oírle.

Murió en una cruz
y resucitó dicen,
yo no lo vi,
no vino a verme
se apareció a muchos dicen,
pero no a mí.

Y tuvo hijos dizque espirituales,
no me presentó a ninguno,
suele pasar con los hijos
se avergüenzan de su madre.

el día de la raza,
las niñas que sueñan
con ser madres
cuando son vírgenes adolescentes,
fogosas,
seductoras,
sensuales,
ardientes,
eróticas,
festivas,
para esos muchachos
que se dejan querer,
y las dan amor, a ellas
presta a decir amén,
y engendrar un bebé de jovencitas,
como profetizó Isaías.

No soy el padre putativo

Dicen que soy padre,
putativo,
para más inri.

¡No se lo cree nadie
por obra y gracia del Espíritu Santo!

Ni Dios se lo cree,
y menos yo.

Fui el padre de cinco chicos
y dos chicas,
su progenitor
con Maria su madre,
santa donde las haya,
por haberlos criado en aquellas condiciones
tan precarias.

Hice lo que estuvo en mi mano,
trabajé y los alimenté,
su madre me quería.

Sacar adelante siete en aquella época
una proeza.

Los quiero a todos,
por que son míos y de mi mujer.

Ella era adolescente cuando parió a Jesús,
el mayor,
el que me dio problemas desde pequeñito.

Se perdió en el Templo la primera vez,
allí estaba charlando
¿Por qué no te callas? le dije,
y me lo traje para casa.

Me he arrepentido mil veces
de haberle llevado al Templo
porque nunca aprendió bien mi oficio,
carpintero ebanista calafate.

De ahí le entró el gusto por las barcas,
por los rollos,
y empezó a leer la Biblia,

Ésta es mi buena nueva,
no la que dio el ángel,
no la que contaron los evangelistas,
hijos de mala madre,
que no me trataron
como debe tratarse a un padre,
a un buen padre,
al padre de Jesús,
el que aprendió a andar conmigo,
el que tuvo amigos y amigas y amores,
el que se fue a predicar lo que le vino en gana,
el que no dijo la verdad sobre mí,
su puñetero padre,
por los siglos de los siglos
¡Faltaría más!

¡¡Cría hijos para esto!!

Unos liantes, Juan y Jesús

Yo soy Andrés,
el hermano menor de Simón,
al que todo el mundo llama Pedro,
por algo que le dijo Jesús,
de pasada, en Tabgha
y ha trascendido de boca en boca.

Nací en Betseda,
pueblo de pescadores en el lago Tiberíades,
conocí a Jesús por casualidad.

Estaba yo con Juan el Bautista,
mi maestro su maestro,
el que incitaba a la gente a darse un remojón
en el río Jordán,
el que nos enseñó el padrenuestro
a Jesús y a mí,
y a muchos más,
que pasaban por allí y querían
darse un chapuzón,
y se bautizaban,
porque así llamaba Juan,
al arte de bañarse delante de él.

Te metía en el agua,
invocaba a Yahvé, nuestro padre,

chorreando agua salías y conocías
al auténtico maestro de todos los que rezan
cada día el padrenuestro.

Pasaba por allí Jesús,
le seguí, me habló,
le escuché hasta el alba,
le presenté a mi hermano,
se vino con nosotros
a Cafarnaún a pescar.

No se mareó
tenía buen estómago
para las tormentas,
para lo que hubiera en la mesa.

Era un buen tipo,
en buena forma,

criado en tierra firme,
de mi misma edad.

Le acogimos en casa muchas noches
 hasta el alba de cháchara.

Bebíamos bebía,
de lo divino y lo humano platicábamos,

él más que nosotros,
pescadores,
gentes de pocas palabras y muchas manos
 y mucho genio,
con el rostro curtido por el sol,
con los dedos ásperos por las sogas,
 por las redes,
 por los peces,
con el cuerpo maltrecho por los madrugones.

Venía con nosotros Jesús pero no pescaba,
una palabra detrás de otra,
se liaba nos liaba,
con los peces con la verborrea.

Subido en la barca hacía chapuzas,
era carpintero.

Aprendió el oficio de su padre,
hombre poco locuaz,
al que quería,
al que veía poco,
al que contaba sus cosas de chico,
al que yo conocí.

Se llamaba José,
nos hacía trabajos,
era un manitas con la madera.

Su hijo era un manazas con las herramientas
hacía lo que podía,

dándole a la lengua,

nos comimos cinco panes y dos peces
que tenía un muchacho,
y sin darnos cuenta fuimos multitud.

Me pidió que aprendiera a hacer exorcismos,
en el nombre de Yahvé, el Innombrable,
aquel al que llamaba padre,
mi maestro, su maestro,
Juan, el que bautizó a Jesús,
el que fue degollado
por el capricho de una mujer,
Salomé,
que bailaba reía y seducía.

Volvía loco al rey,
pedía y conseguía la cabeza
de quien no la hiciera caso.

Por mirarla más de la cuenta
el rey también cortó cabezas.

Y se vengó del Bautista,
al que enterramos,
porque nunca la quiso ver.

Ella insistió en visitarle y hacerle compañía.

Se negó la mandó lejos muy lejos.

Vino Jesús al entierro de Juan,
clandestino,
como fue el entierro de Jesús,
a la puesta del sol,
como pudimos,
José de Arimatea y yo,
que acabé en una cruz,
en Acaia en Grecia,
por haber conocido a este liante,
que vino a Cafarnaún,
durmió en mi casa
y aprendió a pescar conmigo.

En España, jamás

Nunca estuve en España,
digan lo que digan,
en Santiago de Compostela,
mis partidarios desde hace siglos.

Apóstoles en mi nombre,
 se inventaron un camino,
 con rumbo a Finisterre
 desde el corazón de Europa.

Por ellos me recuerdan muchos cristianos viejos.

Pasé de ser uno de los doce apóstoles,
al apóstol del camino que lleva al fin del mundo,
al más allá por Galicia,
 a Jesús ,
 al que conocí por ser un pescador,
yo y mi hermano Juan,
los hijos del Zebedeo,
socios de Simón,
al que todo el mundo llama Pedro,
compañeros de faena de Andrés,
pescadores de agua dulce,
como mi padre ,
el patrón de la barca,
el que creó el negocio de llevar a pescar
a Jesús de Nazaret,
 que pescaba al vuelo y nos lió,
a Pedro a Andrés a Juan y a mí.

Fuimos pescadores de hombres más allá del Tiberiades,
los cabecillas de los apóstoles
y de los setenta seguidores asiduos de Jesús,
 al que vi en trance,
 allá en el monte Tabor,
 transfigurado,
ante el trío de apóstoles que le acompañábamos.

Nos llevó al monte,
nos hizo una encerrona allá en la cumbre,
y nos deslumbró a los tres,
 Pedro Juan y yo,
pero no a Andrés,
que llevó muy mal

que no le llevara a ver,
a Moisés y a Elías,
de charla con Jesús,
en el monte Tabor.

¡Vaya espectáculo de luces y sonidos
el que nos dio gratis!

Y gratis resucitó también
a la hija de Jairo,
ante mis propios ojos,
y me quedé sin palabras,
del susto de la sorpresa.

Y las pocas frases que hay de mí en los evangelios
no me dejan en buen lugar,
porque me atreví a pedir los mejores asientos,
junto a Jesús el Mesías,
en el banquete celestial,
en el que debe hacerse
el reparto del Reino de los Cielos,
para estar allí en primera fila.

Algo caerá pensé para nosotros,
los hijos del Zebedeo,
amigos de Pedro y Andrés,
pescadores de hombres
por seguir los pasos de Jesús.

También siguió sus pasos
y pidió también lo mismo a Jesús,
una buena mujer,
una buena madre,
sus hijos los Zebedeo,
apóstol femenina de incógnito,
como muchas mujeres
que seguían a Jesús
en el mar de Galilea,
en el río Jordán, en el Mar Muerto,
en Jerusalén,
en el monte Calvario,
donde entregó el espíritu al Padre Eterno
al que rezamos el padrenuestro,
que nos enseñó el Bautista,
a Jesús y a nosotros,
los hijos del Zebedeo
que pedimos fuego,

por seguirle la corriente al mar Mediterráneo,
y acabar llegando en barca.

Mi cabeza bien visible en la catedral,
por los siglos de los siglos,
para gentes de bien,
que peregrinan para verme,
para honrarme
en Santiago de Compostela,
ciudad acogedora
de peregrinos medievales a pie,
contemporáneos, modernos,
en coche, en avión, en barco,
en Internet,
cibernautas del alma,
en el camino de Santiago virtual,
dándole a las teclas,
dándole al ratón,
para verme,
para contemplarme,
transfigurado,
por ser el apóstol Santiago,
el que abre y cierra España sin llave en mano,
su patrón,
al que cada año honran a bombo y platillo,
obispos, arzobispos, cardenales
y más de un Papa,
y más de un Rey,
para envidia de las naciones,
dicen los gallegos que son muy suyos
muy santiagueros
hasta el fin del mundo.

Y yo en Jerusalén
bajo tierra mi cuerpo partido en dos,
por orden de Herodes Agripa.

Yo no vine a Galicia inmigrante ilegal.

Estoy a la diestra del Padre Eterno
con Jesús,
en los cielos.

¡Qué placer al fin tan cerca de Finisterre!

Eramos primos, lejanos

Entonó el Magnificat en Ain Karem
antes de que yo hubiera nacido,
cuando aún me llevaba en el vientre
Isabel, mi madre.

Entonó el Magnificat
ante María la esposa de José,
eran algo más que amigas,
parientas lejanas
que se veían de vez en vez,
cuando había algún parto en la familia,
como el de mi madre,
el mío,
de una señora mayor,
mi madre, casada con un cura,
mi padre Zacarías,
sacerdote levita,
dedicado al servicio del Templo.

Peinaba canas,
muchas más que José,
esposo de María,
madre adolescente,
amiga de mi madre,
Isabel mayor en edad y condición,
a la que de chico siempre vi anciana,
adusta y seca como yo,
al dejar de ser adolescente
y convertirme en asceta
fui a parar al río Jordán.

A mi aire a solas en lo agreste,
al borde del desierto,
cerca del Mar Muerto,
en ayunas casi todos los días,
para honrar a Yahvé,
el padre nuestro
en mis labios en los de mi padre,
Zacarías
sacerdote de Israel
muy mayor casi viejo para mí,
mi padre en la tierra
mi padre en los cielos.

Escuchaba y atendía mi plegaria

al rezar y pedir
el pan nuestro de cada día,
que llegaba a mis manos,
que me ganaba,
jornada tras jornada predicando,
haciendo penitencia,
en el río Jordán
a donde vino a verme
ese primo lejano Jesús,
el preferido de Yahvé,
incorpóreo en las nubes,
como esa paloma
que volaba por allí
y se posó en su cabeza
al salir del agua,
cuando le bauticé
a Jesús mi primo.

Era un día brillante,
soleado,
al abrirse las nubes
y asomar el cielo azul,
resplandeciente,
como los ojos de mi madre Isabel.

Qué de recuerdos me trajo
el chaval que ya estaba crecido,
que vino a verme a mí,
con el porte de un Mesías,
el Enviado
al que reconocí nada más verle
a primera vista, al bautizarle,
al convertirle en discípulo que vino y se marchó
por donde había venido.

Predicó la buena nueva
que le pareció bien.

De mí aprendió poco,
vino sólo un día a clase
y fue suficiente,
aprendió el padrenuestro
que rípien sus discípulos y los míos,
en este mundo pecador
en el que yo pedía arrepentimiento,
y conversión
y atenerse a la ley de Yahvé,

su estricta observancia,
la que exigí cumplir al Rey Antipas
Herodes,
divorciado para casarse
con Herodías
su cuñada,
divorciada
para casarse con el Rey y ser Reina
que parió a Salomé,
que pidió mi cabeza en un festín,
en el que bailó
y encandiló a su padrastro el Rey,
que estaba bien servido
de amantes en palacio
y no podía ser que se liaran,

y por recriminarles
mi cabeza rodó por los suelos,
por los aires,
de boca en boca,

hasta llegar a Jesús
la noticia de mi muerte en Machaerus,

como a mí me llegaron
noticias de sus andanzas,
cuando estaba en prisión,
a punto de ejecutarme,
sin defensa alguna
por parte de Yahvé,
que me abandonó a mi suerte
en manos del verdugo,
como abandonó a Jesús
en el Calvario,

que le pidió ayuda
antes de exhalar
el último suspiro.

Él y yo primos lejanos
y buenos hijos ambos
de nuestro padre,
que está en los cielos,
y no nos hizo ni caso,
no perdonó nuestras deudas,
pues nos dejó caer en la tentación,
y no nos libró del mal, amén.

Nunca fui escritor

Yo soy Juan,
hijo del Zebedeo,
pescador de profesión,
hombre de confianza de Jesús,
con mi hermano Santiago
y Andrés hermano de Simón
al que todos llaman Pedro,

los cabecillas,
los que llevábamos la voz cantante,
amigos de Jesús hasta su muerte,
sus apóstoles porque resucitó.

Si algo sabía de letras
nunca fui escritor,
todo es leyenda,
mi nombre suena y suena
por los siglos de los siglos,
por haber escrito lo que no escribí,
como Jesús mi amigo mi maestro,
que nunca escribió nada
y sus palabras yo recuerdo,
y sus actos,
y sus andanzas,
que conté y conté muchas veces,
aquí y allá.

Alguien las escuchó,
las puso en orden,
en un manuscrito aparece mi nombre,
en Éfeso,
un discípulo de Saulo,
Pablo para todo el mundo,
el que hablaba bien de mí en una epístola,
él que sí sabía escribir,
y hablar y viajar.

Se inventó a Jesucristo
muy poco judío y muy helénico,
como ese evangelio,
que diz que dicen escribí,
yo que me atragantaba con las palabras,
que hablé cuando debía y fui tajante
contra el exorcista,

que expulsaba demonios
en nombre de Jesús.

¡Qué atrevimiento para un judío de bien,
como Jesús como yo como los apóstoles!

Hablé como debía
ante el Sanedrín con Pedro,
en defensa de Jesús
yo un pescador,
audaz intrépido con desenvoltura,
que conocía la Biblia de oídas
pues no sabía leer ni escribir.

¡Qué osado fui!
al mentar las escrituras
ante quienes sí sabían y mandaban,
en el Templo en Jerusalén,
donde acudí a rezar varias veces
con Pedro compañero de fatigas,
que delante de mí curó a un cojo.

¡No me lo podía creer
Pedro hacía milagros como Jesús!

Mi único milagro fue ser longevo
 vivir mucho
en labios de la gente,
que supo de Jesús por mí,
judío creyente en el Mesías Profeta.

Dormíamos a pierna suelta agotados,
de aquí para allá de pueblo en pueblo,
si nos dejaban entrar y acampar,
y enrollarnos con la gente a lo largo del año
que duró la vida pública
de Jesús el predicador,
 que hablaba y hablaba,
y a veces me dormía
escuchando sus palabras,
y me adormecí y soñé,
la noche de su arresto en Getsemaní.

Me enteré al despertarme
rodeado de gente armada,
y me amedrenté y huí,
rápido,

sin meter ruido,
lejos muy lejos.

Al verle transfigurado en el monte Tabor
le pregunté sobre la destrucción del Templo.

¡En qué estaría yo pensando
ese día de Esplendor Mesiánico!

Destruir el Templo ¡qué ocurrencia tan rara!
para judíos devotos como Jesús,
como María su madre,
como María
la Magdalena amiga y luego novia
y más tarde esposa embarazada,
cuando ocurrió todo aquello en el Calvario.

Estuvo a mi lado ella,
pagó la cuenta tenía recursos,
fue la última cena con Jesús.

Después del entierro ella dijo
que la tumba estaba vacía,
que había resucitado
Jesús su hombre
mi amigo el hijo de María,
a la que cuidaron sus hijos,
los cuatro hermanos y las dos hermanas
de Jesús, el primogénito.

La hizo muy poco caso,
la dio un gran disgusto
al morir en una cruz
por haber hablado de más,
y hacerse notar trotamundos
semanas meses sin llegar al año.

Y cabreó a la gente que mandaba
en Jerusalén judíos y romanos,
donde todo empezó
en el nombre de Jesús,
que no sabía pescar,
que yo sí sabía y le enseñé
a pescar creyentes
lectores asiduos
de lo que nunca escribí,
y me dio fama y renombre.

¡Pero qué creídos son los creyentes!

Me han leído y comentan y hablan de mí.

La Magdalena

He sido una señora con recursos,
que consigue lo que persigue
con armas de mujer si es preciso.

En mi punto de mira Jesús,
ese hombre,
mi maestro,
mi amigo del alma,
con el que pasé muchas horas,
íntimas complacientes,
cara a cara.

Poco importa saber si nos casamos,
nos quisimos de veras al vernos,
de cerca de lejos de espaldas.

Nos besamos,
poco importa saber dónde.

Eso sacaba de quicio a Pedro,
quería ser el gallo,
el que llevara la voz cantante,
el líder de la pandilla,
el que representara a todos,
ante Jesús,
que me tenía echado el ojo,
al que yo encandilé y me encandiló,
el que me dejaba hablar y me escuchaba,
el que sabía bien de mi disponibilidad.

Con más recursos que Pedro ese ignorante,
ese pescador,
ese cabezota,
ese cagueta

que negó a Jesús tres veces,
que no me podía ver,
atenta servicial sabiendo
lo que sabemos las mujeres de los hombres.

A mi merced a veces,
a su merced si me pedía algo,
que estuviera en mi mano conceder
conseguir
pagar.

Era yo una mujer con dinero e influencias,
una mujer de mundo inteligente,
en ese grupo de pobretones,
paso a paso detrás de Jesús.

Él me seguía con la mirada a menudo,
sabía dónde estaba,
dónde podía encontrarme.

Me sacó dicen,
siete demonios del cuerpo,
hizo exorcismos conmigo dicen,
me curó del mal de amores dicen,
me sacó de la calle,
yo una rompecorazones,
 una pecadora arrepentida,
una prostituta dicen y dicen,
esos hombres envidiosos
de Jesús que me miraba a mí,
 mucho más que a ellos
 manitas manazas,
 gentes de pocas luces
 y menos conocimientos,

unos gañanes unos miedicas,
que se acobardaron
y huyeron de Jesús al prenderlo,
y no se dejaron ver en el Calvario,
donde estábamos las mujeres
viéndole de lejos.

De cerca
sólo estaba
el centurión
y los soldados.

En un ajusticiamiento romano
los familiares unos prófugos,
 carne de presidio,
de la misma calaña que el ajusticiado:
a muchos mataron por ser familia,
a fin de cuentas era un delito fatal.

Yo solita de madrugada,
me acerqué a su tumba
para llorar,

con unguentos y lienzos
quería adecentar y dejar guapo
 para la eternidad
 el cadáver.

Y me encontré con un ángel,
bello y de buen ver el señor,
al que quise tocar y no se dejó
palpar como palpa una mujer a un hombre,
para comprobar si es carnal
lo que tiene delante, tentación táctil,
 gentil,
 deslumbrante,
mi amigo mi maestro Jesús.

Había resucitado
en mi corazón ante mis ojos,
no me creyeron
mucho menos Pedro faltaría más,
que se apareciera primero a una mujer
antes que a él, el cabecilla
duro de mollera como una piedra,
como las que usaba yo
para sentarme y posar mis nalgas,
y escuchar a Jesús vivo y resucitado,
 jardinero,
 hortelano,
en el huerto al que solía llevarme,
 donde nos veíamos
 con cierta intimidad,
lejos de miradas indiscretas, inoportunas,
los doce apóstoles al acecho.

Uno de ellos Tomás qué osado,
quiso tocar para creer,
no se fiaba de mí,
una ignominia que una mujer
le viera a solas al alba,
delante de la piedra rodada,
de su tumba abierta vacía.

Soy la Magdalena María,
la mujer que más veces se nombra
en los evangelios diecisiete,
contadas las repeticiones y las variantes,

soy María la Magdalena,
la que nunca mencionan al relatar
los Hechos de los Apóstoles,
muy suyos muy masculinos
todos ellos hombres sin afeitarse.

En vida Jesús rodeado de mujeres
resucitado calladitas,
 domésticas,
 modosas.
 obedientes,
lejos de Jesús resucitado,
 inalcanzable
 en los cielos.

Tampoco me menciona Pablo en sus epístolas
dice que fue Pedro quien vio a Jesús
resucitado el primero.

¿Nunca supo de mí? Lo dudo.

No quiso oír hablar de mí,
mujer que iba y venía como él,
que entraba y salía sin pedir permiso,
que hacía lo que me venía en gana
porque podía y sabía qué hacer,
con mis bienes con mi crédito,
entre la gente importante
en Jerusalén,
donde él no pintaba nada.

Por eso me ignoró cuanto pudo,
no podía silenciarme
como calló a Pedro en más de una ocasión
apurada como las muchas de Santiago,
hermano de Jesús el segundón,
un buen hombre honesto justo,
al que seguían los discípulos los nazarenos,
a quienes templó y ayudó Pablo
 en sus necesidades
 con donaciones,
siempre volvía con dinero
 y regalos de sus viajes.

Quiso y logró ignorarme
por ser una mujer fuerte y fiel

a Jesús,
de él hablaba yo,
en su nombre predicaba,
de primera mano había escuchado
y visto lo visto.

No tuve que caerme de un caballo
para poder hablar de Jesús
al que nunca conoció,
del que obtuvo dijo,
revelaciones de primera mano,
y mensajes después de muerto,
resucitado,
mientras dormía,
mientras soñaba,
con los ojos abiertos tenía apariciones.

A Jesús yo lo tuve siempre cerca,
día a día, semana tras semana,
fui ese discípulo amado
que dictó un evangelio el cuarto,
en Éfeso donde aún me recuerdan,
tan distinto de los otros tres
porque están ahí mis recuerdos,
los de una mujer amada que amó
a Jesús
y a su descendencia

el Cristianismo lo inventé yo.
Resucitado fui yo la alma máter.

Me llaman Pedro pero soy Simón

Viene de lejos mi fama,
tiro la piedra y escondo la mano,
de niño lo hacía
y lo sigo haciendo,
casi toda mi vida
pisando firme y acobardado,
quedándome de piedra,
sin saber qué hacer,
en mitad de una tormenta,
cuando parece que se hunde la barca,
en momentos apurados
me escondo debajo de las piedras,
lo hice cuando prendieron
a Jesús mi amigo
el que me llamó Pedro en Tabgha.

Sabía mi mote de infancia,
dejé de ser Simón,
el nombre que usaba mi esposa
en la intimidad,
en el día a día cariñoso marido,
el que construyó la casa,
para ella a su gusto,
en Cafarnaún donde vivíamos,
cuando conocí a Jesús
y vino a visitarnos,
y durmió con nosotros muchas noches,
que en la barca se duerme muy mal.

Él me ayudó a arreglarla en más de una ocasión,
era carpintero,
sabía de maderas tersas y podridas,
aprendió el oficio de su padre José,
buena gente ese hombre,
de los que quedan pocos,
padre de cinco chicos y dos chicas,
su orgullo su sangre,
el complicado Jesús,
el venerado Santiago el segundón.

Conmigo aprendió a pescar
cuando venía a verme y me lió,
y empecé a prestarle atención,
a seguir sus pasos y oírle
predicar lo que le vino en gana,

en nombre de Yahvé
su padre el padre nuestro.

Venía conmigo a menudo
mi esposa no se fiaba de mí,
andariego con Jesús,
rodeado de mujeres jóvenes viudas,
encandiladas atentas serviciales,
con Jesús y sus doce apóstoles,
hombres todos ellos,
la excepción María Magdalena,
una buena mujer enamoradiza,
que hacía lo que estaba en su mano,
y era larga llegaba lejos,
tenía fama era de buena familia,
las puertas se abrían donde ella entraba,
y con ella nosotros detrás de Jesús,
y yo siguiéndola un paso atrás,
al frente de los fieles de los discípulos,
cabeza visible con canas,
cabeza dura, pétrea a veces,
y blanda de afilar con el roce.

Fui el primero que dijo
que Jesús era el Mesías,
me rondaba la idea y la solté
como daba rienda suelta a las redes
en el mar de Genesaret,
y empezamos a pescar gentes
crédulas,
creyentes,
bajo mi tutela,
para que no se desmandaran cuando eran multitud.

Fui el primero y el único que llevaba
espada corta en la cintura,
una navaja grande una daga,
la usé una vez en Getsemaní,
corté una oreja,
que puso en su sitio Jesús,
y me hizo envainármela la espada,
cuando le arrestaron
y le negué tres veces,
y le seguía disimulando,
yo un pescador,
que vino a rezar al Templo
y curioseaba por los alrededores,

por el patio de la casa del Sumo Sacerdote,
llena de gente
que insultaba a Jesús por blasfemo,
le malquerían por alborotador,
por creerse el Mesías,
así por las buenas un creído,
un fundamentalista que hablaba más de la cuenta,
rebeldes salvadores porque sí,
sin habérselo pedido nadie.

Fui el primero que vio
a Jesús resucitado,
María Magdalena
vio una tumba vacía y se asustó,
esa buena mujer todo corazón
como yo,
devota ferviente entusiasta
de Jesús que apareció ante mí,
resucitado,
con él conversé de hombre a hombre,
y busqué un sustituto de Judas,
ese mal hombre,
nos hacía falta Matías,
era un buen hombre,
había mucho que hacer,
yo le promoví fue apóstol,
corazón agradecido que me apoyó
cuando necesité contar con él,
antes y después de Pentecostés,
cuando hablé en el Sanedrín
a favor de Jesús,
con palabras poco doctas,
las que sabía y pude usar,
por ser hombre de pocas letras,
capaz de hablar la Biblia en verso
de oídas.

Fui el primero que cerró el paso a los gentiles,
más luego se lo cedí,
me convenció Pablo,
había intereses en juego,
convenía tener gente bien,
romana con recursos,
con poderío,
con influencia,
para la causa.

por no comer con gentiles
que siempre me trataron bien,
judío y forastero en el imperio romano,
detrás de gentilhombres.
a menudo mandamases
que creían en Jesús de Nazaret,
eso era un logro me di cuenta
de sus ventajas a la larga.

Fui el primer obispo de Antioquía
rodeado de judíos conversos,
controlaba a Pablo ese bajito
 de corta estatura,
el que existe en cantidad suficiente,
como muy bien indica su nombre en latín,
chiquito pero faltón,
 puñetero.

Fui el primer obispo de Roma,
conocí y hablé con Filón de Alejandría,
propagué el evangelio entre los hebreos,
recogió mis palabras Marcos,
el segundo evangelio en la lista el mío,
primicia, el más antiguo y fidedigno.

Llegué a Roma cuando reinaba Claudio,
morí en Roma crucificado,
 boca abajo,
 a petición mía,
en tiempos de Nerón,
otro cabezota,
duro y blando,
de piedra de mármol,
la basílica que lleva mi nombre en el Vaticano.

Pilatos, con mando en plaza

Mi cita con la historia llegó
en el momento menos pensado,
por estar en ese sitio a esa hora,
sin caer en la cuenta de lo que estaba en juego,
afrofé los hechos y pasé a los libros,
a los museos,
a las obras de teatro,
a la ópera,
a la música sacra,
donde me nombran me representan,
como el chico malo que se lavó las manos.

No hice caso a mi esposa una pesada,
tenía pesadillas me despertó
para pedirme
que no mandara
a un inocente a la cruz.

Menos lobos, Caperucita, fue culpable,
pudieron elegir los judíos,
les di la opción de librarle,
solté a Barrabás,
sentencié yo con mando en plaza,
Poncio Pilatos.

No era la primera vez,
monté un tiberio,
cuando hice entrar a las tropas,
en Jerusalén
con la imagen de Tiberio,
el divino emperador
en los estandartes,
en la ciudad santa por excelencia
de los judíos,
unos iconoclastas.

Una ofensa una provocación dijeron,
hecha a placer, innecesaria, conveniente,
tocaba mandar y mandé Yo,
Poncio Pilatos.

Ordené construir un acueducto
que llevó el agua a la ciudad,
di un uso apropiado,
público,

benéfico,
a los diezmos del Templo.

Por mí tuvieron agua corriente en las calles,
y no me lo agradecieron,
fueron unos ingratos,
protestaron y acabé con la revuelta
rebanando cabezas mis legionarios,
fue preciso,
actué como tenía que actuar
Yo, el Prefecto de Roma en Judea,
Poncio Pilatos.

Hice lo que tenía que hacer
en nombre de Tiberio,
el Divino el Augusto,
el que me nombró para mandar,
para decidir qué estaba bien
y qué estaba mal
según los intereses romanos.

No era yo el chico de los recados,
un Procurador,
desinformados los evangelistas,
ignorantes de los asuntos del imperio,
de los cargos,
Prefecto de Judea según reza en latín
una lápida conmemorativa,
hallada en Cesarea
Prefecto el jefe en la plaza.

Le condené a muerte cuando me tocó lidiar
con ese revoltoso que decía ser
Jesús de Nazaret Rey de los Judíos
para más INRI,
el título con el que figuró
para siempre en la cruz,
ese poste en el que le colgué
porque así me lo pidieron los propios judíos,
las autoridades religiosas,
quienes sabían de Yahvé,
del Templo,
del Mesías,
era un impostor dijeron,
proclamaron,
digno de una muerte cruel por blasfemo,
por no rendir pleitesía

al divino emperador de Roma,
por creerse él mismo divino
por los siglos de los siglos amén.

Por lavarme las manos
mi nombre aparece en el credo,
lo pronuncian en voz alta
lo cantan los tenores,
 los bajos,
 las sopranos,
qué gusto da oír mi propio nombre
cantado a coro en las iglesias,
 en las salas de concierto,
canonizado por los cristianos coptos,
por los siglos de los siglos
San Poncio Pilatos.

Herodes Antipas

Desde que nací complicada y convulsa
mi existencia,
mi padre el Rey Herodes,
Grande
porque los demás
fuimos pequeños.

Perdí la cuenta de mis hermanos,
muchos hijos de diez esposas,
casi todos difuntos
por orden suya,
asesinados,
a callar,
silenciados.

La masacre de niños varones inocentes,
un juego de puertas adentro en casa,
con sus vástagos,
muy pocos sobrevivimos a Herodes.

Agitada y volátil su vida sentimental,
también la mía.

Mi nombre aparece veinticinco veces
en el Nuevo Testamento,
nunca para halagarme los oídos,
a decir verdad
qué ganas les tengo a los cristianos.

Conseguí granjearme el cariño de Herodías,
esposa de mi hermano,
al que hizo muy poca gracia,
que fuera ella la reina de corazones
y de intrigas
en mis aposentos
antes y después
de casarnos.

Mi hijastra Salomé
también rondó por mi cabeza,
bailaba y bailaba insinuándose
hasta ponerme en vilo.

Tomé decisiones equivocadas
por el placer de una mujer,
el cuello de Juan el Bautista
rebanado,
le seguía mucha gente,
demasiados bañistas en el Río Jordán,
de paso los bautizaba.

Tanta palabrería una provocación,
tomé medidas drásticas
y Salomé tuvo lo que pidió
 para entretenerse.

Me arrepentí cuando ya era muy tarde,
así se lo conté al historiador Josefo
y de mi voluntad dejó constancia
 en sus escritos
 en sus historias,
era yo la fuente bien informada
 su garganta profunda.

Oí hablar de Jesús de Nazaret varias veces,
era mucho más joven que yo,
hizo unos cuantos milagros,
ninguno en mi presencia,
a pesar de pedírselo
con la mirada con el gesto,
cuando le tuve delante
durante poco más de media hora,
en mi mansión de Jerusalén,
durante la Pascua,
guardó silencio enmudeció.

Le regalé una túnica nueva de buen paño,
para que entrara en la gloria bien vestido,
era Jesús de Nazaret el Rey de los Judíos,
mi rival con la soga al cuello,
fuera de la circulación pocas horas después,
así se lo pedí a Pilatos y me hizo caso,
le mandó al Calvario con la cruz a cuestas.

Poco después de su muerte caí en desgracia,
Calígula me destituyó me encarceló
uno de sus caprichos dar la puntilla
a quienes íbamos por la vida con la cabeza muy alta
 para su gusto.

Se cumplió otra profecía
de los tiempos de mi padre:

*larga la vida de los cerdos con Herodes,
corta, muy corta, la vida
de los hijos de Herodes.*

Un Herodes en la guía de teléfonos
ni con lupa.

Hicimos lo que pudimos mi padre y yo
criamos fama:

Herodes por doquier con otro nombre.

Caifás, sumo sacerdote más o menos

La cabeza visible de la religión judía era yo,
el Sumo Sacerdote del Templo,
el que entraba y salía con dignidad,
con pompa y señorío,
quien pontificaba ceremonias
y honraba a Yahvé en el Sacrosanto Santuario.

Cabeza visible Sumo Sacerdote,
por obra y gracia de Valerius Gratus,
governador de Judea,
porque así lo quiso Tiberius Claudius Nero,
Augusto y Divino
Emperador de Roma,
Pontifex Maximus
también en Israel
a mi pesar.

Mi nombre es Caifás
para los libros de historia,
José para los amigos.

Durante dieciocho años Sumo Sacerdote
mucho tiempo a fe mía,
muchos más que cualquiera de mis predecesores.

Mi suegro se llamaba Anás
Sumo Sacerdote durante nueve años,
por obra y gracia de Quirino Gobernador en Siria.

A Jesús de Nazaret
le interrogó mi suegro,
persona importante,
sabia y resabiada,
cinco hijos y un nieto
sumos sacerdotes también
durante más de medio siglo.

Supo cómo mantenerse en el poder
mi suegro y los suyos,
hombres de confianza de los romanos,
de los judíos,
nosotros los más importantes
después de ellos los gobernadores,
los prefectos,
los militares,

los legionarios.

Anás me envió a Jesús,
le hice una pregunta larga y directa
*¿Eres tú el Mesías?
el Hijo de Dios
el Bendito?*

*Si lo soy,
tú lo has dicho,*
respondió evasivo con desparpajo,
le envié a Pilatos.

Ninguna ley judía considera blasfemo decir lo que dijo.

Blasfemar es hablar mal de Yahvé,
ponerle a parir;
no lo hizo de haberlo hecho
lapidación como pena,
nunca la crucifixión,
un invento romano,
cruel.

Me desentendí,
era noche cerrada,
no podía dictar sentencia
con nocturnidad y alevosía,
lo prohíbe la Ley
y yo tenía que cumplirla,
era el Sumo Sacerdote.

Fueron otros no yo
quienes decidieron,
no hubo convocatoria oficial,
no era posible reunirse
de noche
en sesión
inapelable.

Había anunciado que destruiría el Templo,
era un peligro público un predicador,
que hablaba y convencía a las multitudes
fuera de Jerusalén.

En la Ciudad Santa
la voz cantante era la nuestra,
teníamos que pararle los pies los sacerdotes

por si acaso
los suyos revoltosos,
hacían una trastada en el Templo
en sus aledaños.

Los había incitado inadmisible
en un judío de bien,
devoto,
era una amenaza para el orden,
para la convivencia accidentada.

Los romanos tenían la última palabra,
era su jurisdicción,
no la mía hombre de paz,
bien avenido con el poder,
líder religioso del pueblo de Israel
a quien servía yo y Anás mi suegro.

Queríamos evitar matanzas,
que los romanos podían hacerlas
y las hacían
con los judíos.

Siempre a punto y listas las espadas,
eran el imperio,
nosotros un rincón invadido,
gobernado,
en sumisión.

Si estuve al frente durante dieciocho años
fue porque supe liarla sin liarme,
los otros duraban uno dos años
efímeros.

Roma trata como puede y quiere
a los revolucionarios,
cuenta muy poco el Sanedrín,
con voz y voto en casos contados.

Entrar ilegalmente en el Templo
o en el Sacrosanto Santuario
no fue el caso de Jesús,
-piadoso hijo de Yahvé el padre nuestro-
algo violento con los mercaderes,
con los cambistas,
con los vendedores,
de recuerdos de animales para el sacrificio.

Pablo, apóstol de Jesucristo

Todo estaba por hacer,
manga por hombro.

Me presentó Bernabé un amigo,
me bautizaron ,
dejé de llamarme Saulo y fui Pablo
para todo el mundo.

Nací en Tarso al sur de Turquía,
ciudadano romano por nacimiento,
por obra y gracia de mi padre,
de mi abuelo,
colaboracionistas
con las tropas invasoras.

Nunca se lo agradecí lo suficiente en vida,
me sacó de apuros en varias ocasiones,
éramos fabricantes de tiendas de campaña,
las legiones romanas nuestro mejor cliente,
por los servicios prestados honoris causa,
la plena ciudadanía,
un privilegio
hereditario.

Mi primer maestro Gamaliel el Anciano,
una buena cabeza la suya la mía,
filisteo con renombre,
me enseñó a argumentar
a citar la Biblia según viniera al caso,
según conviniera.

Convencido él de la resurrección de los cuerpos
la proclamaba la defendía,
en público y en privado.

Siempre teníamos enfrente a los saduceos
que la negaban por absurda
por innecesaria.

Todo cuadró por sorpresa en mi mente,
Gamaliel me hubiera reprobado *insensato*
¡qué dices?

Jesús murió en una cruz
donde dio tres voces

y al cabo de tres días Cristo resucitó
en cuerpo en alma en espíritu.

He ahí el meollo de mi predicación
hablar del cuerpo de Cristo resucitado.

Me vino como anillo al dedo
la doctrina las enseñanzas
 las especulaciones
 de mi maestro,
 filisteo sin tacha.

En vida Jesús al que no conocí,
 hecho un Cristo resucitó,
de entre los muertos me vino Dios a ver.

Caí del caballo inventé el Cristianismo,
logré convencer a los doce apóstoles,
fieles seguidores de Jesús,
por sobrenombre nazarenos,
así eran conocidos en Jerusalén
y entre los judíos de la diáspora.

Mis argumentos convincentes
 para los gentiles,
 gente educada
 que leía
 la Biblia en griego
 y hablaba latín
 en la intimidad.

Sólo los judíos ortodoxos leían
 en voz alta
 la Biblia
 en lengua hebrea.

Para las personas cultas que gobernaban,
 que comerciaban,
 que malvivían,
el nuevo testamento en griego.

Los nazarenos apóstoles doce
 discípulos setenta
chapurreaban en latín y hablaban arameo.

Para las lecturas en voz alta,
para las ceremonias,

¡Dios mío!

De todo esto hablé en mis viajes,
mis palabras tenían sentido lejos de Jerusalén,
en Asia Menor en Chipre,
 en Grecia,
 en Roma.

Nunca estuve en España en Sefarad,
la nueva tierra prometida allende los mares,
donde vivieron judíos siglos y siglos
hasta que los expulsaron
 o se dejaron evangelizar.

Cada uno de los tres viajes una pesadilla,
meses de preparación,
mucho dinero de bolsillo para pagar
 carromatos,
 peajes,
 barcos,
 posadas.

Numerosas las noches a cielo raso,
 algunas locas,
por doquier amigos de lo ajeno,
 mujeres de vida alegre
 y triste vida.

Compañeros de fatigas unos cuantos:
Bernabé Marcos Timoteo
Sóstenes Silas Tertius.

Conmigo siempre un calígrafo,
de cada epístola dos copias,
una para mí, las coleccionaba Lucas,
otra para el destinatario,
cada frase pensada y moldeada
para impactar a cada oyente a cada cristiano,
 a kilómetros de distancia:
los papiros eran caros y no podía enrollarme.

Para dormir a cubierto y gratis
 hacíamos amistades
 en cada pueblo,
 en cada ciudad,
 en cada posada,
era cuestión de darnos a conocer,

de tener habilidades sociales,
de confraternizar con paisanos,
con menestrales.

Al trabajar obteníamos ingresos
y congeniábamos,
nos invitaban a pasar la noche
en el taller en un rincón.

Algunos clientes asiduos
al escucharnos
nos creían
y nos alojaban.

En las sinagogas nos abrían las puertas
nos hospedaban,
al oír lo que hablábamos y predicábamos
nos mandaban al infierno por las buenas,
por las malas:
querían que vistiéramos el traje de pino
y hacernos arder arder.

Armé la de Dios es Cristo
ante el Sumo Sacerdote Ananías,
nombrado por el Rey Herodes de Calcis
al norte de Galilea.

Una discusión amable y animada hasta que mencioné
la resurrección de los cuerpos,
fariseos y saduceos contrariándose,
yo en medio avivando la discusión,
como cuando me enfrenté con Pedro,
con Santiago,
abriendo un hueco a los cristianos entre los nazarenos.

Buena gente sí muy masculinos,
obsesionados con la circuncisión,
con la piel del pene
de un niño,
de un adulto,
había que recortarla.

Jesús era judío circuncidado insistían,
para creer en Cristo la circuncisión
irrelevante proclamé yo.

¡Logré salirme con la mía!

Muy pocos hombres
se hubieran dejado circuncidar
por amor a Cristo.

Lo entendió Pedro lo admitió Santiago,
 asintieron los apóstoles,
a las mujeres les daba igual
 era una cuestión baladí,
 de varones.

De joven en mi presencia lapidaron a Esteban,
batí palmas de entusiasmo era un nazareno.

De adulto me encarcelaron
me dieron latigazos me apedrearon,
por ser un nazareno uno más en chirona.

Sufrí a cuenta
 de los jerifaltes judíos
 de los jueces romanos
 de los magistrados griegos.

Enfrentados conmigo los apóstoles que nombró Jesús,
elegidos educados al platicar con él
 mientras vivía.

¿Quién era yo para predicar en su nombre?
Me dio la gana ser el apóstol de Cristo
en Tesalónica en Atenas en la diáspora.

Fui el primer apóstol de Jesucristo,
los demás lo fueron de Jesús,
diferencia sutil crucial,
Jesús el Mesías proclamado por Pedro,
Jesús de Nazaret según Santiago,
 su hermano segundón.

Yo hablaba de Cristo resucitado
 de Jesús de oídas.

Una revelación propia la mía en Damasco
y en el desierto por Arabia,
tres años de experiencias místicas,
a solas entre las rocas
y las arenas movedizas las dunas.

De sol a sol alucinante meditabundo,
veía a plena luz a Dios en persona,
de carne y hueso en su punto
resucitado.

Claras convincentes las enseñanzas
de Cristo bendito
mi nuevo maestro.

Nació el Cristianismo en Antioquia,
poco a poco desaparecieron los nazarenos,
se acabaron las plegarias dirigidas a Yahvé,
comenzaron a mencionar a Cristo en los rezos,
los diáconos los presbíteros los obispos,
que nombré a mi aire a la buena de Dios,
sin informar a Pedro a Santiago ni a Cristo.

Yo sabía hablar y escribí
ocho epístolas auténticas,
de mi puño y letra,
otras seis en mi nombre:
por mis discípulos
palabras de mi boca
en su pluma,
revelación directa de Cristo
¡Dios mío!

La buena nueva en la lengua culta del imperio.

Contento y feliz montaba broncas,
allí donde iba y hablaba de Jesucristo,
mitad judío,
mitad helénico,
fusión,
mezcolanza,
sin ser barullo.

En Corinto enfrentado a la facción de Pedro,
y la de Apolo,
discípulo de Juan el Bautista,
y también la de Cristo Bendito.

¡Llamé a Dios de tú en el Templo!

Fue en mi último viaje a Jerusalén,
me acompañaba Trófimo un gentil,

nos oyeron hablar en griego a los dos
allí donde sólo se podía hablar en arameo:

¡nacionalistas! sólo charloteaban en la lengua castiza,

¡pobrecillos! cerrados de mente de espíritu,
tribales que sólo entienden la lengua de su aldea.

Me confundieron además con El Egipcio,
un terrorista,
dispuesto a atacar el Templo con los suyos,
desde el Monte de los Olivos
donde Jesús había orado.

Apelé a Roma para defenderme
de uno de los múltiples pleitos contra mí,

me escucharon Festo el Procurador,
el Rey Agripa II
y su hermana Bernice.

Dijeron que estaba loco
me enviaron lejos cerca de Nerón,
su jefe otro loco de atar,
tal para cual los dos pero uno emperador.

Encadenado y en barco sobreviví una tempestad
descrita con pelos y señales en el libro de actas
de los Apóstoles,
más de la mitad del texto cuenta mis andanzas,
mis razonamientos
crípticos,
alucinantes.

Desembarqué en Malta
felizmente, me esperaba una víbora,
sobreviví al mordisco.

En Roma viví de alquiler en una habitación,
sabía hacer tiendas y me pagaban por ello,
recibía visitas y escuchaban mis sermones
los escoltas que a mi puerta pusieron
por si huía y olvidaba
que estaba preso.

Así dos años aguardando el final de un juicio
que acabó de repente:

me decapitaron por ser cristiano
 en tiempos de Nerón.

Sigue pendiente la Segunda Venida de Cristo,
el nuevo Adán que yo anuncié,
al que esperan millones de creyentes
 divididos entre sí.

Desde el principio florecieron los cristianos,
muchos de ellos derrotados por ser herejes.

Son muy suyos,
no se aguantan,
se maltratan,
se dan de palos
como Dios les da a entender.

Siglo tras siglo leyendo mis escritos,
oyendo hablar de mí,
casi siempre para bien,
no puedo quejarme.

Después de mí muchísimos Pablo
 Saulo poquísimos

Santiago el segundón

Desde que nací,
fui el segundo de la familia,
con un año y medio de diferencia
con Jesús el primogénito.

Según la Ley de Moisés
el primero en nacer en cada familia
por mandato de Yahvé hijo suyo,
Hijo de Dios.

Jesús recibió todas las atenciones,
de mi padre y de mi madre
desde mucho antes de nacer,
se han contado tantas historias,
verídicas pocas,
bienintencionadas muchas,
al dar la buena nueva al escribirla,
gentes de buen corazón creyentes,
que no estuvieron allí,
que hablaban de oídas,
que mencionaron de pasada a nuestro padre,
que mentaron algo más a nuestra madre,
que se acordaron de mí
y de mi condición de hermano,
que silenciaron e hicieron invisible
al resto de la familia anónimos
José Judas Simón Salomé y Miriam,
las niñas de la casa hacendosas,
como María nuestra madre,
molesta por las sandeces que decía Jesús,
sobre ella y sobre nosotros,
por dar señales de vida
y querer verle a solas sin la multitud.

¡Tener un hermano famoso para que diga
que cualquiera puede ser familia suya!

Nosotros nos tragamos el Calvario a distancia,
sólo el centurión y los soldados podían estar
allí donde estaban los tres ajusticiados,
uno de ellos mi hermano Jesús de Nazaret.

Muy poco aprecio mostraron por esta familia
los correveidile de Pablo.

Amables cordiales cofrades
los nazarenos los que vivíamos
y nos movíamos
como en casa
por Belén Nazaret Cafarnaún Jerusalén.

Nos conocíamos todos
nos hacíamos compañía,
y pasábamos el rato recordando a Jesús,
sus andanzas sus dichos sus milagros.

En los evangelios
y en los hechos de los apóstoles,
las mujeres un cero a la izquierda,
serviciales Marías Marujas,
las mencionan de pasada
en reuniones comidas y cenas,
ausentes en la última la más comentada,
donde no se dice ni una palabra
de ellas de las mujeres que estaban allí,
entrando y saliendo,
al tanto de los platos y escuchando,
relegadas invisibles transparentes,
llegaron de repente los manjares a la mesa.

Desmemoriados esos evangelistas,
desagradecidos maleducados,
así no se trata a las mujeres,
creían en Jesús le seguían,
desde el principio ellas,
hasta el final ellas,
cuánta misoginia entre los primeros cristianos.

Tampoco mencionaron
a los cuñados y cuñadas de Jesús los tuvo,
apoyaron su causa
y predicaron en su nombre también los sobrinos,
y los hijos de los hijos
nazarenos ellos ellas.

Yo era el segundón de la familia,
el que tomó las riendas
después del calvario que pasamos
por ser parientes directos de un ajusticiado

Siempre andaba de viaje
predicaba a los gentiles sin circuncidar,
a los que acepté en la comunidad de creyentes.

Me convenció Pablo y la generosidad
de quienes llamaban Cristo a Jesús,
y en su nombre hacían donaciones
que apreciábamos en mucho los nazarenos,
gente sencilla y pobre como mi hermano.

Nunca he entendido
por qué me ignoraron los evangelistas,
por qué no aparezco en la lista de apóstoles,
tampoco entre los adeptos.

Emerjo de repente como líder
en el libro que reseña los hechos de los enviados,

presido yo las asambleas
en que Pablo creaba divisiones,
enfrentado casi siempre con Pedro
muy amable conmigo.

Acudía yo con frecuencia al Templo a rezar,
no como Jesús
que acudía de Pascuas a Ramos.

Mi muerte es silenciada en el Nuevo Testamento,
nunca he entendido muy bien por qué,
era el jefe y por serlo
fui lapidado por orden de Ananías,
el Sumo Sacerdote nombrado por Agripa II.

Había muerto Festo el procurador romano
y no había llegado aún Albino su sucesor

Sentó tan mal mi asesinato
que los fieles de Yahvé judíos en Jerusalén,
pidieron y consiguieron su destitución.

Ordenó que me arrojaran al vacío,
desde el pináculo del Templo,

sobreviví a la caída y a mi apedreamiento,
destrozaron mi cráneo a bastonazos
por ser el primer obispo de Jerusalén,

nombrado por unanimidad,
por ser el Gran Hermano.

Me sucedió Simeón un sobrino,
y varios biznietos,
todos del linaje de Jesús y su familia,
en una lista negra acabaron,
en manos del emperador
Titus Flavius Domitianus,
hijo de Vespasiano
el que ordenó la destrucción del Templo.

Josefo el historiador,
consideró mi asesinato un castigo de Yahvé,
opinión compartida por Eusebio y por Orígenes.

No es mía la epístola que me atribuyen,
yo no tenía ni idea de griego,
mis enseñanzas están ahí en ese texto,
respetuoso con las tradiciones judías,
fiel a Yahvé y a sus Leyes hasta mi muerte.

Tuve a gala ser el segundón de la familia,
como Abel asesinado por Caín,
como Isaac el favorito de Abraham,
era su primogénito Ismael.

Jacob fue también un segundón
obtuvo la primogenitura
a cambio de un plato de lentejas.

Segundón a su vez el hijo pródigo:
se largó y dilapidó sus bienes,
y al volver quiso disfrutar de nuevas,
como si nada;

el primogénito el chico bueno de la casa,
hizo notar a su padre cuán injusto era
qué benévolo.

¡Esta es la fama que tenemos los segundones!

Hay un osario en Jerusalén
donde aparece mi nombre escrito en arameo,
Jacob hijo de José hermano de Jesús.

Judas Iscariote

Me llamaban Iscariote,
una manera de decir que soy de pueblo,
nada que ver con sicario,
nunca aprendí a usar las dagas.

Para todo el mundo soy Judas
el que traicionó a Jesús.

No exactamente,
hice lo que me pidió,
ocuparme de los asuntos de interés común,
tenía a mi cargo los ingresos y los gastos.

Poca cosa a decir verdad,
en un país ocupado
los pobres son muy pobres,
mandan y tienen trabajo los militares
y la gente de su confianza.

Jesús confiaba en mí
para muchos asuntos delicados,
sabía moverme y conseguir
lo que se necesitara.

Algo parecido se dice y se cuenta
en ese evangelio que lleva mi nombre,
que nunca escribí,
un florilegio de frases en mis labios,
que nunca dije,
que nunca pronunció Jesús.

Es un libro que me honra
y me deja en buen lugar,
es de agradecer que pensarán en mí,
un siglo más tarde de ocurrir los hechos,
cristianos sabios místicos como Pablo,
con mucho conocimiento esotérico,
gentes con muchas entendederas,
iniciados en el intrínquilis,
en el sentido arcano de lo que predicó Jesús.

Partidarios de la gnosis concienciados,
no creían en el poder salvífico de los ritos,
menospreciaban a presbíteros y obispos:

jamás pensó en nombrarlos Jesús.

En vida se llevó muy mal
con los sacerdotes del Templo,
invocan su nombre en vano en los santuarios,
en las catedrales.

Muy lejos de todo eso la buena nueva de Jesús,
distante del poder eclesiástico a propósito,
dicen tener una autoridad que nunca delegó
de modo expreso Jesús.

La última semana de su vida
andaba crecido Jesús de Nazaret,

su entrada triunfal fue un éxito,
me dio las gracias.

Se escandalizó al ver lo que ocurría
en los alrededores del Templo
durante la Pascua,
cuando corre la sangre en los sacrificios de palomas,
cuando corre el dinero
y llega a mano de los sacerdotes,
de los levitas:
los ceremoniales se abonan al contado.

Iba muy poco al Templo Jesús,
una vez al año a decir verdad,
en su infancia y de pasada,
para ver a su hermano
Santiago,
que iba a lo suyo a rezar
casi todos los días.

Iba a sus rezos Jesús aquella mañana
y montó en cólera por lo que vio,
mucho negocio entre las manos,
mucho barullo de ovejas
para el sacrificio,
muy poco o nada de plegarias,
de arrepentimiento personal,
de pedir perdón
a Yahvé por los propios pecados
y los del pueblo judío.

A la vista de todos un chiringuito

sacerdotal
de mercaderes
a los que incordió con lo que hizo.

Querían hablar con él me dijeron,
tratar el asunto de cerca,
conversar cara a cara sin tumultos,
en el palacio del Sumo Sacerdote.

La máxima autoridad religiosa
quería conocer a Jesús,
saber de sus enseñanzas en directo.

Dije que vería qué podía hacer,
lo que estuviera en mi mano,

me dieron treinta monedas de plata
para cubrir gastos
por ser el mediador.

Solía recogerse a rezar Jesús en Getsemaní,
en el monte de los Olivos,
desde ahí se ve muy bien el Templo,
por ahí ha de pasar el Mesías
cuando suenen los clarines
y el Juicio final comience.

Vinieron conmigo un par de sacerdotes
un par de mercaderes,
ningún ejército exagerados
los evangelistas,
y un par de escoltas no más,
entrar y salir de noche
en una ciudad ocupada tiene sus riesgos.

Jerusalén es una ciudad amurallada,
Getsemaní se halla extramuros,
había que tener permiso para transitar.

Nos estaba esperando,
yo le había dicho que querían verle,
y en la cena consintió,
haz lo que tienes que hacer,

los dos sabíamos de qué iba el asunto,
los dos nos arriesgábamos.

Mateo, el cobrador de impuestos

Yo me dedicaba a cobrar gravámenes
en nombre del Rey Antipas Herodes,
el que se enamoró en Roma
de la mujer de su hermano,
el que llamó Tiberíades y mar
al lago de Galilea,
para enfado de la gente
que no quería honrar
al emperador Tiberio.

En plena faena me pilló Jesús,
me abordó y me dijo
si quería seguirle
y ser su discípulo.

Cuántas bromas me gastaron mis amigos
por seguir los pasos de un pobre hombre
al que no podía cobrar impuestos,
un vagabundo
del que fui apóstol en mis ratos libres.

Perplejo me quedé con la invitación,
no salía de mi asombro,
no me iban los hombres
y acabé encandilado por él Jesús,
al que seguí más pasos de lo debido,
el que aprendió de mí una frase,
al César lo que es del César,
mi argumento favorito
a la hora de pedir el canon.

A Dios lo que es Dios
añadió él por su cuenta,
un juego de palabras que ha perdurado.

Mi nombre es Mateo,
conocido también como Leví
el hijo de Alfeo.

Organicé una gran fiesta,
mi homenaje personal a Jesús,
mi puesta de largo como discípulo

y apóstol.

Vinieron mis compañeros de fatigas,
muchos del gremio,
recaudadores y tasadores de bienes,
visibles e invisibles,
gentes de buen vivir que saben cobrar,
súbditos del Rey Herodes
y del imperio,
con muchos intereses creados
de este mundo
y pocos
del póstumo.

Comió con nosotros Jesús,
disfrutó del banquete y de la compañía,
gente con dinero con fama de liantes,
de embolsar
y de fisgar,
Mala compañía decían,
Gente a evitar *saben de ti*
si los frecuentes.

Jesús un pobretón no nos temía.

Le criticaron por comer con nosotros,
los fariseos los saduceos,
unos bocazas,
que pagaban el diezmo al Templo sin chistar,
el diez por ciento a la hora de quedar bien.

Nunca entendí
por qué no me encargó Jesús
llevar las cuentas,
los ingresos y los gastos,
sabía hacer números,

quizá no conviniera,
tendría que pagar al fisco
por sus ingresos como predicador.

Circula por el mundo un evangelio,
dicen que lo escribí yo,
falso como las monedas
que algunos me entregaban
a la hora de cobrar los impuestos.

Tenía yo que andar espabilado,
conocer las monedas de curso legal
e ilegal.

Yo hablaba latín la lengua de los soldados,
y un poco de griego
para codearme con la gente importante.

Alguien tradujo el florilegio de frases
que fui recopilando
en vida de Jesús,
escritas en arameo.

Tengo que darle las gracias,
mi nombre es conocido
muchos siglos después de muerto,

gracias a él un desconocido
que utilizó mis apuntes de clase
para redactar el primer evangelio
en mi honor,
apóstol en los ratos libres .

Marcos el traductor

No conocí a Jesús,
pero siempre tuve amigos importantes
que le conocieron y me hablaron de él,
que no le conocieron
y conversaban conmigo sobre él.

Supe de Pedro por mi madre,
eran viejos amigos,
seguía a Jesús de cerca,
le había escuchado hablar a la multitud.

Uno a uno me contaron sus recuerdos,
las frases los pasajes
que años más tarde pasé a limpio,
y me han dado a conocer
siglos después de muerto,
como Marcos
el autor del evangelio más antiguo,
el más auténtico,
el que conocían
plagiaron y alargaron,
Mateo y Lucas.

Viajé con Bernabé mi primo a Chipre
su tierra,
su isla;

venía con nosotros Pablo,
converso,
en rodaje,
un novato un aprendiz,
en tratándose de predicar el evangelio.

Todo iba bien hasta que me harté
de andar
fuera de casa,

añoraba a los míos,
conseguí el billete de vuelta
y siguieron ellos su periplo por Anatolia.

Muy comprensivo Bernabé,
Pablo se cogió un berrinche
de tal calibre
que no quiso volver a contar conmigo
como compañero de viaje:

él era un recién llegado
con exigencias.

Con un plantón basta y sobra dijo,
cada cual tiene sus limitaciones dije yo,
y el que no lo comprenda
que se compre un gato y lo saque a pasear.

Bernabé reía
trinaba Pablo escamado
 por saber
 quién era el gato.

Yo sonreía por su mosqueo.

Bernabé y yo congeniábamos
desde el principio en nuestros viajes,
nos hacíamos compañía,
dialogábamos
y hablábamos los dos sobre Jesús,

como en los diálogos de Platón,
donde antes o después aparece Sócrates
preguntando a los discípulos,
a los oyentes,

dejándoles hablar conseguíamos
que descubrieran en su interior
 la verdad de Cristo.

Pablo cultivaba el soliloquio,
había que oírle leerle,
lo nuestro era platicar,
lo suyo era Aristóteles
 que escribió monólogos,
 tratados monotemáticos.

Tenía algunos lectores,
pocos entendían sus argumentos,
los interpretaban y comentaban en la cena del Señor.

Pablo hablaba y predicaba él solito,
quería tener la última palabra en casi todo.

No era así Pedro,

dependía de mí en sus viajes,
él se expresaba en arameo,
pobrecito monolingüe
moviéndose y predicando en un imperio
que hervía en latín y en griego.

Pedro sólo podía hacerse entender
con los judíos de la diáspora;

delante los gentiles el traductor era yo,
hablaba en cristiano,
es decir en griego,
la lengua culta
que aprendían los niños y las niñas
en las casas de gente importante,
con un pedagogo un mentor personal,
guía y acompañante hasta la adolescencia.

Mentor fue un amigo entrañable de Ulises,
viajero redomado seducido por sirenas;

le confió la educación de Telémaco, su hijo,
y la gestión de los asuntos de palacio,

se fiaba mucho más Ulises de Mentor
que de Penélope su esposa,
la madre del chico,
rodeada de pretendientes ella,
uno detrás de otro hacían fila,
de la edad de Telémaco más de uno
¡Qué guapa debió de ser Penélope!

Acabé siendo el primer obispo de Alejandría,
ciudad adorable y elegante del imperio
Egipcio,
Romano,
dos en uno,
por los muchos encantos de Cleopatra,
reina de corazones de Cesar y Marco Antonio.

Tenía yo a mi cargo
a unos ascetas judíos cristianos,
curaban los males del alma,
les llamaban terapeutas,
vivían en comunidad,
contemplativos curaban en el silencio.
practicaban la meditación

y enseñaban meditaundos.

Famoso les hizo Filón el filósofo,
que conoció y conversó con Pedro en Roma,
conmigo en medio de traductor,
se liaba a menudo hablando en griego
y en arameo.

El apóstol Juan al parecer
bautizó a Filón lo dudo,
pocas cabezas bien pensantes se han bautizado,
casi todas infantiles, en pañales.

Prolífico fue este ciudadano romano,
que conoció y departió con Calígula
el emperador,
quien no le hizo mucho caso
pues creía ser dios.

Era muy fino Filón en el arte de la alegoría,
igual que Jesús de Nazaret al que no conocí
y sobre el que escribí justo lo que supe,
mezclando griego y arameo en mi evangelio

A decir verdad mi auténtico nombre
era Juan,
pero todo el mundo me conoce por Marcos

Lucas el gentilhomme

Soy el único autor del Nuevo Testamento
que no soy judío,
que nunca he querido circuncidarme,
por eso soy cristiano viejo de Antioquia,
mi nombre es Lucas curo heridas soy médico.

Es un honor que lleve mi nombre
un evangelio
y un relato parcial de lo que dijeron
 e hicieron
 los apóstoles
en los primeros tiempos.

Como obra literaria es peculiar,
el protagonista es Pablo,
mi maestro y compañero de fatigas
 en el ministerio de Cristo.

He sido siempre un hombre
 de frágil memoria,
por eso hay tantas contradicciones
entre lo que Pablo cuenta de sí mismo
 en sus epístolas,
y lo que yo cuento de él
 como hechos y dichos,
nunca quise ser fidedigno:
he sido convincente en mi literatura.

Recopilé recuerdos, noticias,
momentos que presencié
 y momentos
 que me contaron,
todo lo que llegó a mis oídos,
 sin cribar,
 mejorado,
en labios de los admiradores,
 de los discípulos
 de Jesús,
 de Pablo.

Nunca existió el censo de Augusto
 en tiempos de Quirino,
es un desliz ocurrió más tarde,
 confundí fechas,

suele pasarles
a quienes cuentan historias de buena fe.

Les hice ir a Belén para que naciera ahí,
porque así convenía
para mi relato.

Encantadoras las parábolas,
incluí catorce son alegorías
libres,
fantásticas,
que entretienen y se fijan al escucharlas.

La mayoría de las frases de Jesús que cito
no están contrastadas,
son máximas que escuché
en labios cristianos,
aquí y allá
en mis viajes.

La cascada suena porque lleva agua,
cae y rebota
en los oídos que escuchan,
fluyen
clamorosas
las palabras de Jesús,
los relatos de su infancia,
que supe
de sus hermanos,
hermanas
y más de una cuñada,
fuentes creíbles
y cordiales a veces.

De los tiempos de la resurrección
me contaron muchos detalles verosímiles
inverosímiles,

inaudito es ya de por sí que veas
y oigas hablar
a un muerto en la cruz,
de cuerpo presente
resucitado.

De lo que cuento estoy seguro
aunque no lo viera en persona,
como lo vio Pablo años después de su muerte

y de su resurrección.

Lo que sí puedo decir
es que Jesús subió a los cielos,
es el único sitio donde se le puede atisbar
a kilómetros de distancia,
desde cualquier lugar de la tierra
 donde hay tantos
 que le han visto,
 que siguen viéndolo,
 que no le pueden ni ver.

Nunca escribí para los judíos,
yo soy un gentil creyente en Cristo.

El anciano Simeón,
con el niño Jesús en sus manos,
profetizó que la buena nueva de Yahvé
llegaría a todos los rincones del mundo,
y a todos los pueblos llegó
porque así lo han querido los cristianos
según profeticé yo mismo
 al final del evangelio.

Lo anuncié y se ha cumplido
y el que no me crea ¿por qué sabe mi nombre?

A los contadores de historias
nos piden relatos
que peguen a la gente a los asientos,
que vuelen de oreja en oreja
y asomen por los labios entre los dientes.

Está mi imagen en muchos rosetones,
 en muchas vidrieras,
llamando la atención de los creyentes
por el colorido de los cristales
 de ver y creer.

La historia de Jesús está muy adentro
 del alma cristiana,
 algo tengo que ver
yo un señor muy gentil
 cuyos decires,
 hace siglos,
 se pronuncian cada día
 en voz alta

para que se oigan en la misa.

Bernabé, el padrino

Mi verdadero nombre era José,
levita sacerdote de Yahvé,
Bernabé es mi nombre de correrías,
y como tal he hecho historia
en el Nuevo Testamento.

Fui yo quien presenté a Pablo,
me costó conseguir que lo aceptaran
los setenta discípulos
y los doce apóstoles fidedignos.

Sabían de él,
les había perseguido en Damasco,
nadie sabía con qué autoridad,
allí no mandaba el Sumo Sacerdote.

Le dieron la bienvenida
a regañadientes,
le apadriné le aceptaron,
me conocían a mí
sacerdote judío,
habitado a bregar con fariseos
como Pablo,
laicos de ideas fijas
y creencias firmes,
convencidos intransigentes.

Les dije que había cambiado,
que era de fiar
por una experiencia mística.

*Tú te lo llevas lejos de aquí me dijeron,
a Tarso donde le conocen,
allí sabrán qué hacer con él,
templarle,*

Pasó en su tierra una buena temporada,
predicaba por libre desde una peña
a los transeúntes,
que entraban y salían de las sinagogas,
algunos de paso le apedreaban,
era un converso,
cobraba su merecido.

Tuve noticias de sus andanzas,
de sus penurias por la causa:
le habían echado de casa sus padres,
sus hermanos,
no querían verle dando la buena nueva,
era una piedra de escándalo,
una ruina para el negocio familiar.

Durante décadas de padres a hijos
cosían pieles y hacían
tiendas de campaña.

Vivía en una que se había hecho,
era su hogar solo como las cabras,
cuya piel curtía
y cortaba
para hacerse sandalias y vestirse en cueros.

Era un experto en marroquinería,
capaz de hacerse pergaminos
para escribir en ellos sus epístolas.

Me lo traje a Antioquia,
le puse a prueba durante el viaje.

Convencí a Marcos mi primo,
para que me acompañara,
juntos le tuvimos en observación.

Él lo sabía lo barruntaba,
con el pasar de los días,
con la convivencia hicimos amistad,
congeniamos
hasta cierto punto.

Pablo hablaba bien sabía predicar
en hebreo,
en griego y en latín:
fue de gran ayuda en el trato directo
con gentiles,
recaudamos bastante dinero,
donaciones caritativas
administradas en Jerusalén.

En tiempos del emperador Claudio
pasó mucha hambre el pueblo,

la comunidad de creyentes,
los nazarenos.

Muy generosos fueron
en Antioquía
los creyentes gentiles.

Como contrapartida
la circuncisión dejó de ser obligatoria,
muchos varones creyeron en Jesús
agradecidos,
no les hacía ninguna gracia cortarse la piel
en la punta del pene.

Se hizo muy popular Pablo entre los hombres,
defendió con contundencia su causa,
la circuncisión innecesaria,
para las mujeres este asunto ni fu ni fa,
calladitas.

Al llegar a Antioquia,
-por segunda vez juntos-
Pablo el líder el adalid.

Poco después
llegó Pedro y tuvimos bronca,
a él y a mí nos recriminó
en privado,
en público,
por comer con judíos circuncisos.

No admitió nuestras razones:
entre judíos
hablábamos en arameo,
la circuncisión era cosa hecha.

Pedro tenía que aprender
y practicar
el latín
y el griego,
era el jefe insistía
antes o después tenía que ser políglota
para predicar la buena nueva a los gentiles.

Mantuvimos Pablo y yo
una fuerte discusión en griego y en arameo,
no era quién para abochornar a Pedro,

el apóstol de rango más alto;

Pablo erre que erre los gentiles
 ofendidos
 por el desaire.

No volví a viajar nunca más con Pablo,
mi nombre no vuelve a mencionarse,
me ningunearon sus partidarios en sus escritos.

Sigo creyendo que hice bien
al presentar a Pablo y darle el espaldarazo,

gracias a él
Bernabé es un nombre cristiano.

Tomás, el mellizo

Muchos malentendidos sugiere mi nombre
Tomás en arameo el mellizo.

Nunca he sido el doble de Jesús,
tampoco he tenido un hermano gemelo,
por darse un capricho mis padres,
Tomás para toda la vida.

Pude cambiármelo y no lo hice
a mucha honra hay por el mundo
 más de un Tomás.

Tiene su encanto desconcertar a los amigos,
dejarles con la boca abierta,
 con el corazón en la mano,
incité a los apóstoles en Betania
a morir como Lázaro
para que Jesús nos resucitara.

Dijeron que nones.

Me costó entender
qué camino llevaba Jesús andando
 el tiempo,
a dónde nos llevaba.

Nunca dejó claro de qué iba
hasta que resucitó,
me enteré de oídas en Emaus,
hablaban de ello unas mujeres
 de sonrisa prometedora
 que se cortó
al oírme decir que al tocar,
 mis dedos
 comprobarían
si era mortal Jesús Resucitado.

Con la mirada patético
 me vieron.

En el séptimo cielo me dejó
con los ojos abiertos de par en par
ahí en el lago Tiberíades.

un santuario a la buena de Dios,
donde atufa el olor a humanidad
y a sangre de profetas,
me habían oído proclamar.

le vi deslumbrante En un decir Jesús
 en su esplendor,
 a la derecha de Yahvé.

Así lo hice notar en voz alta
 y se enfadaron,
me hicieron salir por las buenas,
 por las malas,
a pedradas me hicieron morder el polvo,
mi cabeza destrozada
 a los pies de un buen mozo:
su nombre era Saulo
para todo el mundo Pablo,
 testigo de mi muerte
 no me amparó,
participó en mi linchamiento,
era un nazareno que creía en Jesús.

Nací y me crié en Nazaret en la pobreza,
un chicarrón del norte galileo,
una ocurrencia literaria mi nacimiento
en Belén,
al sur
de Jerusalén.

Poco o ningún caso les hice a mis padres,
en mi entorno los familiares
cuanto menos
mejor.

Lo llevaba muy mal mi madre,
era yo su primogénito,
el primero de una familia numerosa,
cariñoso a ratos áspero
por ahí
dando vueltas
sin beneficio.

Algo aprendí de mi padre
que trabajaba bien la madera,
yo era un chapuzas,
sólo los amigos me empleaban en sus barcas
que no se hundían.

No era yo tan manazas pues
a fin de cuentas,
flotaban los barcos y me daban de comer
cuando había pesca,

me dejaban dormir sobre las redes,
era el vigilante nocturno.

Discípulo de Juan el Bautista mi primo,
aprendí sus enseñanzas el padrenuestro,
viví como un asceta como una alimaña,
de él aprendí a predicar,
su ejemplo siguieron mis discípulos
al bautizar en mi nombre.

De toda la vida un judío piadoso
nunca quebranté la Ley de Moisés,
la interpreté a mi manera
como tantos rabinos
antes y después de mí,

Nunca me vestí para la ocasión,
ningún arreglo especial en el pelo,
tampoco ropa nueva elegante.

Cuando llegué a Jerusalén a rezar
y a celebrar
la Pascua
Judía
llevaba días semanas caminando,
echaba para atrás mi olor a humanidad
cuando arremetí contra los mercaderes,
gentes que guardaban
las formas,
olían bien
y sabían tratar
a los consumidores.

No me perdonaron la que monté:
pagaban sus impuestos al Cesar
y una de cada diez monedas
su donación al Templo.

Doble imposición fiscal y yo incordiando
a los clientes,
interrumpiendo el paso gritándoles
al volcar las mesas,
la mercancía por los suelos.

Por eso me detuvieron
y me llamaron al orden
los sacerdotes y la soldadesca imperial,

con los impuestos no se juega,
con los salarios tampoco.

Podía predicar la buena nueva campo a través,
allí donde quisieran verme y oírme,
fuera de la Ciudad Santa,
donde la vida estaba ordenada
para hacer dinero.

Podía hacer milagros donde me viniera en gana,
si curaba estupendo era Yahvé el facultativo,
mis oraciones no producían
perjuicio alguno
a los enfermos.

Si hacía exorcismos los demonios fuera,
eso que ganaban al volver en sí,
sanos y salvos.

Si seguían dentro tenían los que tenían
contra mi voluntad.

Al llegar a la Ciudad Santa
nunca pensé que acabaría siendo
una víctima propiciatoria.

Los sacrificios en el Templo con animales,
era ésa la muy santa tradición judía de siglos.

Peregriné a la Ciudad Santa
sin tener en mente una cruz a cuestas.

Por la puerta de Betfagé
entré triunfante a lomos de un burro,
animal de postín
para ricachones,
los pobres iban y venían a pie,
los caballos estaban militarizados,
las bridas en manos de legionarios
con plumas
en la cabeza.

Después de mi muerte los doce apóstoles,
los setenta discípulos,
a sus anchas por el imperio libertad de expresión,
no se metieron con ellos los romanos,
tampoco les persiguieron,
las broncas y los líos siempre
con los sacerdotes judíos,
con la diáspora.

Nada escribí,
contaba parábolas y máximas memorables,
en las sinagogas en las aldeas,
a gentes de paso a la multitud.

A más de uno que se atravesó en mi camino
no le dejé ir sin unas buenas palabras.

Hablé con autoridad con carisma,
la gente me escuchaba en silencio
y asentía.

Competí con otros clarividentes de la época,
algunos anunciaron lluvias
y cayeron en el desierto,
el más famoso Hanan,
curaba enfermos
y por control remoto sanó
a un hijo de Gamaliel,
fariseo famoso,
maestro de ese Pablo
al que nunca tuve el gusto
de conocer en vida.

Un milagro similar hice yo en Cafarnaún;
sin moverme del sitio curé al criado
de un centurión.

Cuanto dije e hice fue recordado y relatado,
a su libre albedrío por los apóstoles,
por los discípulos,
por María Magdalena,
mi amiga del alma,
a la que quise de veras
a la que quise ver la primera
al resucitar.

A tiempo apareció y se impuso Pablo,
después de él la autoridad eclesiástica,
esto sí esto no,
sabía más de mí que yo mismo
al parecer.

Nunca entendí por qué acabé en el Calvario:
me acusaron de llamar Padre mío
a Yahvé,
cualquier judío devoto lo hacía al orar.

Dijeron que había curado enfermos en sábado,
según la Ley de Moisés buena cosa es
hablar y tocar a los enfermos,
saludable es sanarlos.

No era mi trabajo habitual,
nunca tuve empleo fijo a lo que hubiera
y saliera
andaba.

Epílogo

Dan gato por liebre

Dios existe

puedo leer en el autobús,
parado en el semáforo,
y me quedo pensando en las consecuencias
de la publicidad engañosa,
manifiesta,
de un producto indemostrable
anunciado
por la empresa municipal de transportes
entre las cuatro ruedas y las ventanillas.

Es cura

Mira a los feligreses
de pie
ante el altar,
de frente
cara a cara.

Es sacerdote,
es mujer,
es anglicana.

Predica la buena nueva,
convierte el pan y el vino
en el cuerpo y la sangre del Señor,

masculina y femenina es esa sangre
en la corriente sanguínea de la fe
al comulgar.

Jesús fue hombre
Cristo es mujer también.

*Catedral de San Pablo
Melbourne, 5 y 9 Abril 2009*

En la casa de todo Dios

De puertas para adentro
exhibiéndose en la sala de estar
los dioses caídos en desgracia,

los ignorados,
los desposeídos
mendigos de mimos en el aparador.

Tienen su gracia,
hablan de ellos las visitas al verlos,
les tocan la barriga, la suavizan,

admiran sus cuerpos tallados en barro,
asados al horno,

en manos del alfarero
sonrientes
y si les habla al sobarlos,
dicharacheros,

a sus pies
en los sillones
admiradores,

su hogar,
su templo,
el único que les queda,
el único en que les hacen caso,

Júpiter, Zeus, Diana, Artemisa,

¿Quién era la diosa prostituta,
quién era la diosa jinetera?

¿Y el dios acosador de sus hijas en la Acrópolis?

Nadie se acuerda del señor de los truenos chispeante.

Todos en casa, en familia,
son romanos,
son helénicos,
son hispanos...

Las telarañas les arropan,
también el polvo, ¡qué polvo,
qué mugre es sagrada?

Al pasarles la gamuza,
por ser adorables,
religiosamente
tontean

Cómo sobrevivir a las fiestas sacrosantas en familia

Asado, en su punto, al dente, comienza a volar
el capón,
es Navidad, el niño Dios ha nacido y su madre es
Virgen,

todas las copas están vacías, translúcidas
las botellas,
borrachos celebran la noche del gran milagro,
desafinan,

beodos se quieren y vomitan serpentinas
es Nochebuena,
la noche sagrada en que los guardias no llaman
al timbre,

es la noche de las grandes arcadas en los cuartos de baño
si tiran de la cadena,

con una bragas rojas y narices de payaso
son felices,
están hartos, sin sueño y si amanecer
desaparecen.

Es la primera noche en que los niños son mayores
al acostarse,
se duermen y sueñan que son angelitos que son
angelotes,

lo saben los Reyes Mayos que están a punto de caerse
y estrellarse.

Aprende a vivir y a recuperar unos kilos de más
Papa Noel,
abstemio circula por las calles con unos renos
cornudos.

Enrojecen los semáforos y a ratos consiguen ponerse verdes
los parabrisas,

con unos cuantos copos de nieve encanecen
los coches de bebé,

fríos están mejor los recién nacidos,

están vivos,
vivarachos con ese chupete, su primer cigarrillo
antitabaco,

están que lo mascan todo, también a su mamá
al dente,

es Navidad, el niño Dios ha nacido es virgen
ese chiquillo aún.